

**RESEÑA A
DÉCLINAISONS.
LE NATURALISME
POÉTIQUE DE LUCRÈCE
À LACAN (HERMANN,
PARÍS, 2010), DE
JONATHAN POLLOCK.**

Alejandro Fielbaum S.

A la hora de argumentar contra toda concepción eterna del mundo, Lucrecio evoca la falta de poesía en otras lenguas de otros tiempos y lugares las circundantes. Todo mundo, deja entrever el poeta, cuenta con algún poema. Si no lo hay en otras idiomas es porque tales mundos, sus lenguas y sus acontecimientos, tanto o más sorprendentes que los contemporáneos, han perecido: “Si ningún comienzo por generación tuvieron tierras y cielos y, como seres eternos, siempre estuvieron ahí, ¿por qué de antes de la guerra tebana y los funerales de Troya otros poetas no cantaron también otros sucesos?”¹.

La finitud de los mundos es también la de sus poemas. La poesía materialista se piensa entonces como el rastro de un pasado del mundo, rastro que solo puede subsistir si la historia de ese mundo continúa. El poema no representa al mundo, es parte de lo que este produce, y de lo que puede perecer si el mundo desaparece. Como bien indica Lezra, el texto de Lucrecio se piensa sometido a las leyes de la materia que el propio poema explica².

En ese marco, la libertad de la literatura ha de pensarse en medio de los desvíos que dan lugar a las formaciones de la materia. Si el poema de Lucrecio inscribe una forma que explica la disolución de las formas, la escritura de la ficción permite imaginar otras formas de esa materia en perpetuo movimiento. En su insistencia, los átomos retornan sin agotar jamás todas sus formas. En esa infinita reserva se juega, para Derrida, la chance de la ficción³.

No es casual entonces que, desde Luciano de Samosata, puede rastrearse cierta articulación entre materialismo y ficción⁴. El libro de Pollock, que nos permitimos celebrar hartos después de su aparición por la injusta desatención que ha recibido⁵, piensa esa articulación a partir de la teoría alfabética de la materia que Lucrecio recupera de Demócrito.

Dada la distancia materialista ante la filosofía de la representación, la articulación entre alfabeto y literatura no podría pasar por cierta idea de la literatura como un tipo de metáfora que represente un mundo previo a la escritura⁶. Antes bien, según Pollock, la articulación entre materialismo y letra se juega en la explicación del mundo como escritura: “la analogía de las letras resulta total-

1 Lucrecio, *La Naturaleza*, trad. Francisco Socas, Gredos, Madrid, V, 325, p. 350.

2 Lezra, Jacques, *República salvaje. De la naturaleza de las cosas*, UMCE, Santiago, 2020, p. 45.

3 Derrida, Jacques, “Mes chances. Au rendez-vous de quelques stéréophonies épicuriennes”, en *Psyché. Invention de l'autre*, Galilée, París, 1985, p. 363.

4 Véase, por ejemplo, Luciano de Samosata, *Obras I*, trad. José Luis Navarro, Gredos, Madrid, 1986, p. 361.

5 Lo mismo podemos señalar, lamentablemente, de otros libros del mismo autor. En español existe una traducción de su libro sobre el humor (*¿Qué es el humor?*, Paidós, Buenos Aires, 2003), un muy correcto manual sobre el tema cuyo espesor está lejos, por ejemplo, del libro que dedica a tal cuestión en la obra de Artaud (*Le Rire du Môme. Antonin Artaud et la Littérature Anglo-Américaine*, Kimé, París, 2002).

6 En esa línea, véase también Bollack, Mayotte, *La raison de Lucrèce. Constitution d'une poétique philosophique avec un essai d'interprétation de la critique lucrétienne*, Minuit, París, 1978, p. 246 ; Lezra, Jacques, *Unspeakable Subjects: The Genealogy of the Event in Early Modern Europe*, Stanford University Press, Stanford, 1997, p. 17 ; Serres, Michel, *La naissance de la physique dans le texte de Lucrèce. Fleuves et turbulences*, Minuit, París, 1977, p. 182; Wismann, Heinz, “Réalité et matière dans l'atomisme démocritéen”, en *Les avatars du vide. Démocrite et les fondements de l'atomisme*, Hermann Éditeurs, París, 2010, p. 62.

mente explícita. Lucrecio recurre a ella con tanta insistencia que nos preguntamos si la combinatoria atómica no sería derivada de la combinatoria alfabética, lo que querría decir que la teoría física ha sido calcada de los procesos de análisis y permutación lingüísticos... el mundo mismo y todo lo que contiene aparece como un ensamble de textos en mutación continua” (p. 70).

Si el materialismo es el saber de la escritura del mundo, la ficción puede pensarse como el juego que redobra el alfabeto al componer, en la escritura, un mundo que solo existe en la escritura. Ni verdadera ni falsa, la ficción puede dar forma a lo que viene, sin confirmarlo⁷.

De este modo, la hipótesis alfabética permite pensar de manera inestable la articulación de cuerpos y palabras. También, si es que no especialmente, a la hora de formar las palabras que nombran tales cuerpos. Al final del segundo libro, recuerda Pollock, el poema se explica a sí mismo al recordar que un orden distinto en sus letras habría dado lugar a otro poema.

Esta mirada de un mundo que no cesa de escribirse, y de no escribirse, debe desembocar al final del libro en el pensamiento de Lacan. Como bien explica Pollock, la concepción lacaniana del significante asume que se escribe porque la materia del cuerpo no puede ser dicha (p. 177).

En lugar de intentar cerrar esa brecha entre las palabras y las cosas, la literatura la recorre, juega en ella. Desde los años setenta, según afirma Pollock, la enseñanza de Lacan insiste en la diferencia entre la letra y el significante, subrayando en esta última noción la arbitraria materialidad de la lengua, no sin ecos de Lucrecio⁸.

Las ideas que tan esquemáticamente aquí glosamos habilitan a Pollock a rastrear una suerte de tradición lucreciana en la historia de la literatura. A las ya conocidas investigaciones que muestran cierta herencia de Lucrecio en la filosofía moderna y contemporánea⁹, el libro suma una inédita atención a los ecos del poeta romano en la literatura de los últimos siglos. Mediante lecturas que no casualmente alteran la cronología de toda historia lineal, acaso idealista, de la literatura, Pollock rastrea ficciones cuyo carácter lucreciano no pasa porque intenten representar a a Lucrecio. Antes bien, se trata de escrituras que, en ocasiones con algún que otro guiño al poeta romano, movilizan la hipótesis alfabética.

7 También en este punto Marx comprende cabalmente la potencia teórica del materialismo antiguo para pensar, más allá del mundo dado, las disputas por las formas del mundo. Para ello recupera la noción epicúrea de los intermundos, esas curiosas reservas de materia en las que habitan los dioses, quienes no intervienen en el mundo pero no dejan de rodearlos. De ahí que los analoque a los pueblos comerciantes en los mundos antiguos (*El Capital*. Tomo I/Vol. 1, trad. Pedro Scarone, Siglo Veintiuno, México D.F., 2005, p. 97), y a la de la usura en la sociedad capitalista (*Ibid*, Tomo 3/Vol. 7, p. 771).

8 Algunos años después de la publicación del libro de Pollock, esta lúcida hipótesis parece corroborarse en la publicación de un discurso del propio Lacan, quien no duda en calificar su teoría como expresión de cierto motéalisme. (“Conférence à Genève sur le symptôme”, en *La Cause du Désir*, nº95, 2017, p.13). Imagino que “materialismo de la palabra” sería el modo de traducir ese juego de palabras que, por cierto, expresa la hipótesis de los juegos del significante.

9 Véanse, por ejemplo, Blake, Lisa & Lezra, Jacques (Eds.), *Lucretius and Modernity: Epicurean Encounters Across Time and Disciplines*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2016; Gigandet, Alain. (dir.), *Lucrèce et la modernité : le vingtième siècle*, A. Colin, París 2013; Palmer, Ada, *Reading Lucretius in the Renaissance*, Harvard University Press, Nueva York, 2014.

Para presentar tal rastreo, Pollock comienza con una provocadora hipótesis: la literatura reelabora los residuos del pensamiento científico (p. 7), recuperando con libertad tanto saberes caducos como discursos heterodoxos. Tras la deriva mecanicista que adquiere el discurso materialista en la ciencia moderna, es la literatura la que recupera la afirmación materialista por el desvío.

Al recorrer obras que van desde Cyrano de Bergerac hasta Lawrence, pasando por Shakespeare y Poe, entre otros tantos, Pollock rastrea distintas experimentaciones en variadas lenguas, que ningún interés podríamos tener en resumir. Antes bien, preferimos simplemente evocar la chance de una eventual articulación entre la hipótesis de Pollock y la literatura escrita en español.

Para ello, podemos recuperar del libro un par de cuestiones sobre Joyce. Mediante las indicaciones a Giordano Bruno que atraviesan el *Finnegans Wake*, Pollock muestra los lazos entre Joyce y Lucrecio en tanto pensadores de un mundo que solo puede decir sus movimientos mediante una lengua en perpetuo desplazamiento, condensados en los neologismos que Joyce inventa a lo largo de su prosa (p. 87).

Esa afirmación de los juegos joyceanos contrasta con el desdén por estos últimos que tiene Borges¹⁰. Si bien el escritor argentino destaca en una entrevista tardía a Lucrecio¹¹, como también lo hacen otros escritores latinoamericanos que se oponen a las formas dominantes del saber en su época, como Rubén Darío¹², Lezama Lima¹³ o Sarduy¹⁴, la crítica borgiana a los juegos de significantes evidencia cierta distancia ante el materialismo literario.

Como se deja entrever en los autores recién citados, una relación más hospitalaria ante el materialismo pasa por cierta apertura ante el barroco. Y, por lo mismo, por una lectura distinta del canon hispanoparlante, más atenta a la materialidad de la lengua. Ya Cervantes, en efecto, brindaba un ejemplo de los juegos en la lengua en el título de *Don Quijote*, para después legar una notable imagen de la finitud de la escritura, cuando uno de los narradores de la novela encuentra su historia entre papeles que se descomponen, y luego llama a otro “puntualísimo escudriñador de los átomos de esta verdadera historia”¹⁵.

Un rastreo por los inexplorados cruces entre la literatura hispanoparlante y el materialismo de Lucrecio¹⁶ que pudiera inspirarse en un libro como el aquí comen-

10 Borges, Jorge Luis, “Joyce y los neologismos”, en *Borges en Sur. 1931-1980*, Emecé, Buenos Aires, 1999. Por cierto, Borges recuerda la hipótesis alfabética, pero en Demócrito, en el ensayo “La Biblioteca Total”, en *Ibid*, p. 24

11 Ferrari, Osvaldo, *Borges en diálogo*. II, Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 2005, p. 80

12 Rubén Darío, *Los Raros*, Maucci, Barcelona, 1905, p. 87

13 Álvarez Bravo, Armando, “Conversación con José Lezama Lima”, en *Mundo Nuevo* n° 24, 1968, p. 38

14 Sarduy, Severo, “Nueva inestabilidad”, en *Ensayos generales sobre el barroco*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1987, p. 25.

15 de Cervantes, Miguel, *Don Quijote de la Mancha*, Real Academia Española, Barcelona, 2015, p. 928

16 Algunas incursiones al respecto, dentro de los autores ya mencionados, pueden hallarse en Florio, Rubén, “De Lucrecio a Borges y Estaciones Intermedias”, en *Auster* n°16, 2011; García-Verdugo Caso, Carlos, “Alquimia y atomismo en el Quijote”, en *Anales Cervantinos*, Vol. 40, 2008; Silveira, Shubert, “Ecos epicúreo-lucrecianos en la obra de Jorge Luis Borges”, en *Variaciones Borges* n°54, 2002.

tado debiera entonces atender a las distintas formas de producir desvíos en la materialidad del significante, y no simplemente las declaraciones de aprobación -o rechazo- a la obra de Lucrecio. Quizá el gesto de mayor interés, en esa línea, es la notable invención de un verso lucreciano atribuido a Borges en un comentario sobre este último firmado por María Rosa Lida¹⁷. Con y contra Borges, la filóloga sigue escribiendo el poema de Lucrecio mediante un procedimiento de la ficción borgiana en medio de un ensayo que se quiere no ficticio.

Un libro tan notable como el de Pollock puede ayudarnos a pensar ese tipo de desvíos. También, por cierto, a abrirnos a los que vengan, en unas y otras lenguas, a la hora de pensar la necesaria articulación materialista entre filosofía y literatura.

¹⁷ Cfr. Florio, Rubén, "María Rosa Lida, Borges y una cita inexistente de Lucrecio: filología y auctoritas", en *Romance Quarterly*, 64:2, 2017.